

universidad de Buenos Aires. Un día, en la época de los generales, la muchacha desapareció para siempre. Una vez más la poesía dice la ausencia, algo o alguien que ya no está. Poca cosa, una poesía, un cartelito puesto sobre un sitio vacío. Un poeta lo sabe y no le da demasiado crédito, pero le da aún menos al mundo que lo celebra o lo ignora. Prenz saca la pipa del bolsillo, sonrío a sus dos hijas que están sentadas a otra mesa, charla con un senegalés que da vueltas por entre las mesas vendiendo baratijas, le compra un encendedor. Charlar es mejor que escribir. El senegalés se aleja, Prenz da una calada a la pipa y se pone a escribir.

No está mal llenar folios bajo las máscaras que se ríen burlonas y entre la indiferencia de la gente que está sentada en torno. Ese bondadoso desinterés corrige el delirio de omnipotencia latente en la escritura, que pretende ordenar el mundo con algunos trozos de papel y pontificar sobre la vida y la muerte. Así la pluma se sumerge, se quiera o no, en una tinta desleída con humildad e ironía. El café es un lugar de la escritura. Se está a solas, con papel y pluma y todo lo más dos o tres libros, aferrados a la mesa como un naufrago batido por las olas. Pocos centímetros de madera separan al marinero del abismo que puede tragárselo, basta una pequeña vía de agua y las grandes aguas negras irrumpen calamitosas, se te llevan abajo. La pluma es una lanza que hiere y sana; traspasa la madera fluctuante y la pone a merced de las olas, pero también la recompone y le devuelve de nuevo la capacidad de navegar y mantener el rumbo.

Agarrarse a la madera, sin miedo, porque el naufragio puede ser también salvación. ¿Cómo dice la vieja historia? El miedo llama a la puerta, la fe va a abrir; fuera no hay nadie. ¿Pero quién enseña a abrir? Desde hace tiempo no se hace otra cosa que cerrar las puertas, es un verdadero tic; durante un momento se da un suspiro de alivio, luego el ansia vuelve a aferrarse al corazón y uno quisiera atrancarlo todo, incluso las ventanas, sin darse cuenta de que de ese modo falta el aire y la migraña, en ese ahogo, martillea cada vez más en las sienes, poco a poco se acaba por oír sólo el ruido del propio dolor de cabeza.

Emborronar cuartillas, liberar los demonios, embridarlos, a menudo sólo emularlos con inocua presunción. En el San Marcos los demonios están relegados en lo alto, volviendo del revés la escenografía tradicional, porque el Café, con su decoración floreal y el estilo Secesión vienés, recuerda que aquí abajo se puede estar bien también, una sala de espera en la que es agradable aguardar, diferir la salida. El director, el señor Gino, y los camareros, que vienen a la mesa con una copa tras otra –asumiendo a veces la iniciativa de ofrecer, aunque no a todos, canapés de salmón con un *prosecco* especial– son una jerarquía angélica menor pero digna de confianza, lo

suficiente para cuidar que los exiliados del paraíso terrestre se encuentren a gusto en ese Edén subrepticio y ninguna serpiente los aliente a salir con alguna falsa promesa.

El café es una academia platónica, decía a principios de siglo Hermann Bahr —el cual también decía que se encontraba bien en Trieste, porque en esa ciudad tenía la impresión de no encontrarse en ningún sitio. En esta academia no se enseña nada, pero se aprenden la sociabilidad y el desencanto. Se puede charlar, contar, pero no es posible predicar, dar mítines ni clase. Cada uno, en su mesa, está próximo y distante respecto a quien tiene a su lado. Ama a tu prójimo como a ti mismo o bien soporta la manía de tu vecino de comerse las uñas, como él soporta algún tic tuyo aún más desagradable. Entre estas mesas no es posible hacer escuela, crear alineamientos, movilizar seguidores e imitadores, reclutar discípulos. En este lugar del desencanto, en el que ya se sabe cómo acaba el espectáculo sin perder el gusto de asistir a él ni la indulgencia por las meteduras de pata de los actores, no hay sitio para los falsos maestros, que seducen con falsas promesas de redención a quien tiene una ansiosa y vaga necesidad de redención fácil e inmediata.

Afuera los falsos Mesías tienen el juego fácil, arrastran adeptos deslumbrados por espejismos de salvación a través de caminos que no son capaces de recorrer y les llevan así a la destrucción. Los profetas de la droga, capaces de dominar su uso sin ser aplastados por ella, seducen a inermes discípulos para que les sigan por una vía a lo largo de la cual se destruirán; alguien, en un salón, proclama que la revolución se hace con las armas, a sabiendas de que se trata de una inocua metáfora y dejando que los demás la tomen ingenuamente al pie de la letra, y paguen el pato a las primeras de cambio. Entre los periódicos ensartados en los bastones, una revista ilustrada exhibe la cara de Edie Sedgwick, la hermosísima e indefensa modelo americana que creía en el evangelio del desorden predicado con ordenado control por Andy Warhol, maestro de su clan, y que se dejó convencer para buscar no el placer, sino un indefinible sentido de la vida en aquellas febriles infracciones sexuales, en aquellos ingenuos ritos de grupo y aquellas drogas que se la llevaron, más dolorosa y banalmente, a la infelicidad y a la muerte.

En el San Marcos uno no se hace la ilusión de que el pecado original no haya sido cometido y de que la vida sea virgen e inocente; por eso es más difícil darles gato por liebre a los clientes, endosarles un billete de entrada para la Tierra Prometida. Escribir significa saber que no estamos en la Tierra Prometida y que no podremos llegar nunca allí, pero continuar con tenacidad el camino en esa dirección, a través del desierto. Sentados en el café,

estamos de viaje; como en el tren, en el hotel o por la calle, uno tiene consigo poquísimas cosas, no se le puede adjudicar a nada ninguna vanidosa marca personal, no se es nadie. En ese anonimato familiar uno puede pasar desapercibido, desembarazarse del yo como de una mondadura. El mundo es una cavidad incierta, en la que la escritura se adentra perpleja y obstinada. Escribir, interrumpirse, charlar, jugar a cartas; la risa en una mesa cercana, un perfil de mujer, indiscutible como el destino, el vino en la copa, dorado color del tiempo. Las horas fluyen amables, despreocupadas, casi felices.

Nombrar a los propietarios o a los expropietarios o gestores del Café, es como nombrar a soberanos de antiguas dinastías. Marco Lovrinovich de Fontane d'Orsera, en las cercanías de Parenzo, que abría casas de comidas y almacenes de vino como otros escriben versos o pintan paisajes, inaugura el café el 3 de enero de 1914, en el mismo sitio en el que antes estuvo la lechería Central Trifolium con su cuadra para las vacas, y dice oficialmente que lo llama San Marcos en homenaje a su propio nombre, mientras aprovecha para reproducir hasta en la decoración de las sillas la efigie del león véneto, símbolo de italianismo e irredentismo. A lo mejor, en su fuero interno, estaba ya convencido de que aquel león alado era también un homenaje a su nombre de pila. No se llega a los noventa y cuatro años, como él, sin estar íntimamente persuadido de ser el centro del mundo.

Entre sus mesas, hay quien ha muerto sin embargo joven y solo, devastado por la descompensación entre su alma y el mundo, no creado ciertamente a su medida –aquel jovencito siempre un poco sudado, por ejemplo, que daba vueltas como una bestia acorralada y tenía en los ojos la conciencia de estar ya entre los colmillos del tigre. Venía cada tarde, con muchos folios que llenaba uno tras otro y llevaba siempre consigo, hasta que un día ya no se le volvió a ver, la noche anterior se había tirado al patio de luces.

Los cafés son también una especie de asilo para los indigentes del corazón, y los cafeteros como Lovrinovich son también benefactores que les ofrecen un amparo provisional frente a la intemperie, como los fundadores de refugios para los que no tienen un techo bajo el que cobijarse; es lícito que ganen, y que ganen quizá también gloria patriótica, como Lovrinovich tras la devastación del San Marcos y su detención en los barracones de castigo austríacos de Liebenau, en las proximidades de Graz, adonde los austríacos lo habían enviado porque se había inyectado el tracoma en los dos ojos para no tener que combatir contra Italia.

Entre los distintos propietarios destacan las hermanas Stock, menudas e inexorables; se recuerda también en la barra a una mujer madura de pelo

rubio descolorido, de la que de vez en cuando se cuenta aquella historia en que un gigantesco borracho, a quien ésta le negaba otro whisky más, la amenazaba levantando como una pluma, con fines demostrativos, la pesadísima cafetera del mostrador y dejándola caer luego ruidosamente, mientras los clientes más cercanos, y entre ellos uno que estaba escribiendo en su mesa acostumbrada, desgraciadamente pegada a la barra, miraban en torno atemorizados, esperando a que le tocase a algún otro sacrificarse noblemente para impedir la escabechina de la mujer, hasta que al final el gigante encolerizado se lanzó contra ella en el momento en que ésta, sacando una pequeña hacha del cajón, saltó sobre él lista para lanzársela al cuello y el voluntarioso cliente, que se había levantado titubeante de su mesa atestada de papeles y estaba yendo a hacer frente al furibundo coloso lo más lentamente que podía, se puso más contento que unas pascuas al tener que sujetar enérgicamente a la mujer, apretándole y torciéndole la muñeca que blandía el hacha y salvando así la vida de aquel joven impulsivo.



Sin título. Acuarelas líquidas y pigmentos (1995)